

ANTONIO MESSIAS NOGUEIRA
CATALINA FUENTES RODRÍGUEZ
MANUEL MARTÍ SÁNCHEZ
(COORDINADORES)

APORTACIONES DESDE EL ESPAÑOL
Y EL PORTUGUÉS A LOS
MARCADORES DISCURSIVOS
Treinta años después de
Martín Zorraquino y Portolés



Sevilla 2020

Índice

PRÓLOGO	11
<i>Ignacio Bosque</i>	

PRESENTACIÓN	21
<i>Antonio Messias Nogueira, Catalina Fuentes Rodríguez y Manuel Martí Sánchez</i>	

CUESTIONES GENERALES

CATEGORÍAS, RELACIONES CAUSATIVAS Y ARGUMENTATIVAS: <i>DE AHÍ (QUE)/DE HECHO</i>	31
<i>Catalina Fuentes Rodríguez</i>	

CONSTRUCCIONES, SIGNIFICADO Y SENTIDOS DE LOS MARCADORES DISCURSIVOS DEL ESPAÑOL	55
<i>Manuel Martí Sánchez</i>	

APORTES DEL ENFOQUE DIALÓGICO DE LA ARGUMENTACIÓN Y DE LA POLIFONÍA AL ESTUDIO DEL SIGNIFICADO EVIDENCIAL: <i>¿Y (TONO CIRCUNFLEJO) ...? ¿X? Y ¿ASÍ QUE X?</i> EN CONTRASTE	77
<i>María Marta García Negroni y Manuel Libenson</i>	

DESCRIPCIÓN

MARCADORES DISCURSIVOS DE REFORMULACIÓN - UN ANÁLISIS CONTRASTIVO EN EL LENGUAJE COLOQUIAL	101
<i>Ester Brenes Peña y Marina González Sanz</i>	

LAS PARTÍCULAS DISCURSIVAS DE CONTROL DEL CONTACTO <i>¿SABES?</i> Y <i>¿VES?</i> EN LA CONVERSACIÓN COLOQUIAL	121
<i>Antonio Briz</i>	

EL USO DE <i>SIN EMBARGO/NO OBSTANTE</i> EN UN CORPUS PERIODÍSTICO	151
<i>Maria Vittoria Calvi y Giovanna Mapelli</i>	

LOS MARCADORES CONTRASTIVOS AL CONTRARIO, ANTES AL CONTRARIO Y ANTES BIEN EN ESPAÑOL ACTUAL	169
<i>Maria Josep Cuenca y Maria Estellés</i>	
ES UN MARCADOR DEL DISCURSO, ¿ME ENTIENDES LO QUE TE QUIERO DECIR?	189
<i>María Noemí Domínguez García</i>	
LA COMBINACIÓN DE MARCADORES DISCURSIVOS EPISTÉMICOS Y CONTRAARGUMENTATIVOS: UNA ESTRATEGIA ATENUADORA FUNDAMENTADA EN EL CONTRASTE	209
<i>Sara Fernández Gómiz y M.ª Amparo Soler Bonafont</i>	
CONTRASTE PROSÓDICO-FUNCIONAL EN LOS MARCADORES DISCURSIVOS VAMOS Y VAYA. ESTUDIO DE SUS RELACIONES (AFINIDADES Y DIFERENCIAS) EN LA CONVERSACIÓN COLOQUIAL	227
<i>Antonio Hidalgo Navarro</i>	
FUNCIONES, POSICIÓN Y UNIDADES DISCURSIVAS EN NO SÉ Y YO QUÉ SÉ	249
<i>Ana Llopis Cardona</i>	
LOS MARCADORES DISCURSIVOS OYE Y MIRA EN ESPAÑOL	273
<i>Margarita Porroche Ballesteros</i>	
DIGAMOS Y ONDA EN EL ESPAÑOL HABLADO DE SANTIAGO DE CHILE: FUNCIONAMIENTO PRAGMÁTICO Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL DE SU EMPLEO.....	293
<i>Abelardo San Martín Núñez</i>	
CONTRASTE ENTRE VARIEDADES	
COMPARACIÓN, MODALIDAD Y VARIACIÓN DIALECTAL: A PROPÓSITO DE ALGUNOS MARCADORES DISCURSIVOS CON MÁS VALE	315
<i>Ramón González Ruiz</i>	
EL USO DE LOS MARCADORES DE ACEPTACIÓN EN COLOMBIA, ESPAÑA Y MÉXICO: UN ACERCAMIENTO DESCRIPTIVO.....	345
<i>Anais Holgado Lage y Patricia Serrano Reyes</i>	
ESTUDIO CONTRASTIVO DE LOS EVIDENCIALES <i>POR LO VISTO</i> Y <i>SE VE (QUE)</i> EN LAS VARIANTES DIALECTALES DEL ESPAÑOL	362
<i>Marlies Jansegers y Marta Albelda</i>	

CONTRASTE ENTRE LENGUAS

MARCADORES DEL DISCURSO: CONTRASTE Y ENSEÑANZA	385
<i>Antonio Messias Nogueira</i>	
<i>PUES EN COMUNIDADES DE HABLA DE CHILE Y ESPAÑA Y SUS VALORES EN LA TRADUCCIÓN AL PORTUGUÉS DE BRASIL</i>	405
<i>Adriana Marcelle de Andrade Freitas y Maria Roberta Pereira Nelo</i>	
<i>ENTÃO~#ENTONCES EN POSICIÓN INICIAL DE DISCURSO: UNA DIFERENCIA DISTRIBUCIONAL ENTRE ESPAÑOL Y PORTUGUÉS</i>	425
<i>Ana Cristina Macário Lopes y Salvador Pons Bordería</i>	
<i>DE ORA E ORA BEM A AHORA E AHORA BIEN: ESPECIFICIDADES DOS MARCADORES DISCURSIVOS E ENSINO DA LÍNGUA.....</i>	443
<i>Maria Aldina Marques y Xosé Manuel Sánchez Rei</i>	
EL MARCADOR DISCURSIVO <i>DESDE LUEGO</i> Y SUS POSIBILIDADES EN PORTUGUÉS DE BRASIL: CONTRASTES DISCURSIVOS Y PRAGMÁTICOS	467
<i>Daniel Mazzaro y Mariana Ruas</i>	
EL MARCADOR DISCURSIVO <i>TIPO</i> : ¿UN <i>TIC</i> O UN <i>TIQUE</i> PARA FACILITAR EL PROCESAMIENTO DE ENUNCIADOS?	485
<i>Marisa Moreda Leirado y Nancy Vázquez Veiga</i>	
SOBRE LOS EDITORES	503

PRÓLOGO

Ignacio Bosque

Universidad Complutense de Madrid, Real Academia Española

Las cadenas implícitas de razonamiento que se requieren para procesar buena parte de los intercambios verbales cotidianos conllevan inferencias de extrema complejidad. A la vez, y por razones misteriosas, esas inferencias nos suelen parecer naturales, evidentes, de puro sentido común. Es casi imposible que las máquinas las descifren y las procesen, pero los hablantes damos con ellas al instante. De hecho, convertimos sin esfuerzo alguno lo que oímos o leemos en “lo que verdaderamente se nos quiere decir” a través de un conjunto de sutiles filtros cuya naturaleza última –quizá retórica, psicológica, antropológica o todo ello a la vez– se nos escapa en gran medida.

Supongamos por un momento que conectamos la radio cuando un locutor deportivo narra su crónica sobre cierto partido de fútbol ya concluido. El locutor nos habla del “pundonor de los jugadores”, de su “extraordinario esfuerzo” y de su “indiscutible valentía”, y añade que “se dejaron la piel en el campo”. Es posible, desde luego, que el oyente se equivoque, pero hará bien en deducir de toda esa información que el equipo perdió el partido. La pregunta natural es por qué los hispanohablantes (quizá los hablantes, en general, ya que este fenómeno se da también en otras lenguas y culturas) realizamos con sorprendente unanimidad esa extraña, casi mágica, pirueta argumentativa: un texto nos pondera ciertas cualidades de un grupo de deportistas, y nosotros concluimos que, en realidad, nos está diciendo que fracasaron en alguna empresa. El discurso que escuchamos no nos habla (todavía) de fracaso; no hace falta que añada que a los jugadores “les faltó suerte”, o que “fallaron ocasiones claras”. Esas serían descripciones pormenorizadas de la derrota que podrán llegar luego, pero la inferencia de la que hablo no precisa de tal descripción. Basta que una crónica deportiva comience ponderando el enorme esfuerzo y el extraordinario pundonor de los jugadores en algún encuentro para que nosotros tendamos a concluir que esos méritos resultaron inútiles.

¿Cómo lo hacemos? ¿Podría un programa informático llegar a esa misma conclusión, expuesto a las mismas informaciones verbales? Sé que algunos autores dan una respuesta positiva a esta última pregunta, mientras que otros contestan de forma negativa. El oyente espera de manera implícita que la noticia más importante vaya en primer

lugar. Si esa noticia fuera la del triunfo del equipo, se esperaría que el periodista amplificara el éxito. La crónica tendría que empezar señalando que nuestro equipo “machacó” al contrario, “desarboló sus defensas” y probablemente “dio una lección de buen fútbol”. Pero si el periodista no puede comenzar su discurso de una forma tan épica, tendrá que sustituir la buena noticia inicial por otra que deje algún consuelo en la audiencia: la relativa al buen desempeño de los jugadores. A su vez, el oyente sabe que esa no es la buena noticia que esperaba, de modo que deduce que se le está ocultando otra de mayor relevancia: el resultado del partido. Como esta otra noticia favorable no va en primer lugar, el oyente infiere que la buena noticia sustitutoria es una especie de caramelo destinado a endulzar la derrota que no se le comunica en toda su crudeza.

Dudo mucho que un programa informático sea capaz de moverse con soltura entre tan escurridizas y rebuscadas suposiciones, pero lo cierto es que los hablantes nos entendemos a diario gracias a ellas. El ejemplo de la crónica deportiva no es un caso aislado, a diferencia de lo que pudiera parecer: si la mayor parte de nuestros intercambios verbales son efectivos, no es únicamente porque entendamos de forma literal las secuencias que resultan del sistema composicional que articulan la sintaxis, la morfología y el léxico. Por el contrario, como se ha señalado en múltiples ocasiones, tenemos algún éxito en nuestra comunicación cotidiana porque filtramos los resultados de esas estructuras por una serie de complejos principios inferenciales que los especialistas en pragmática investigan desde hace años y los expertos en retórica empezaron a entrever hace siglos.

Una de las características más notables del sistema deductivo al que me refiero (esté o no caracterizado en función de las llamadas “máximas conversatorias”) es el hecho de que no proporciona resultados absolutos. De hecho, los hablantes se equivocan a menudo cuando aplican esos principios. Existen, desde luego, muchas posibilidades de que el oyente que escuchaba en la radio al locutor que he inventado hace un momento estuviera en lo cierto en su diagnóstico, pero también existen algunas de que fallara en su conclusión, y acabara descubriendo que el equipo ganó el partido después de todo. De modo más general, la interpretación de las insinuaciones, las exageraciones, ciertas comparaciones, las indirectas, la ironía, el humor, la retranca, el retintín, el silencio inesperado y otros muchos fenómenos cercanos a estos es el resultado de un proceso de cálculo que puede resultar fallido, tal como el sustantivo *malentendido* refleja con precisión en nuestra lengua.

Posee un notable interés el hecho de que la inestabilidad en los resultados de aplicar principios conversatorios a la interpretación de fenómenos como los que acabo de enumerar desaparezca casi por completo cuando los contenidos proposicionales están vinculados por marcadores o conectores discursivos. Estos elementos —a menudo partículas, aunque no siempre— introducen un orden conceptual determinado, casi nunca cancelable, entre tales contenidos, de forma que unas situaciones pasan ser la causa de otras, o bien su consecuencia, su finalidad o su justificación. Unas se interpretan como objetivos buscados; otras, como resultados inesperados, sean favorables o no, y algunas se ordenan internamente en términos de verosimilitud o de fuerza argumentativa, en

función de lo que el hablante desee concluir. Los marcadores discursivos no solo canalizan la información, sino que dan propiamente sentido a los textos articulados, ya que con ellos se construyen las argumentaciones, se modulan, se atenúan o se enfatizan los asertos, se rebaten las objeciones y, en general, se hilvanan los discursos.

Es oportuno recordar en este punto que ciertas relaciones argumentativas se apoyan objetivamente en el significado de las palabras que los marcadores del discurso vinculan, mientras que otras –quizá la mayor parte– solo se sustentan en nuestro conocimiento extralingüístico, nuestras convicciones y nuestras expectativas; en último extremo, en nuestra racionalidad. Lo cierto es que pasamos de unas a otras sin apenas notar la diferencia. Acudiré a un marcador muy estudiado para llamar la atención sobre ella: el adverbio *incluso*. Al enunciado *Es posible que se produzca una nueva devaluación* puedo añadirle una coletilla: *...es incluso probable*. Por el contrario, al enunciado *Es probable que se produzca una nueva devaluación* no podría añadirle de ninguna manera la coletilla **...es incluso posible*. El aspecto que me interesa resaltar es la naturaleza lingüística del asterisco que acabo de plantar ante esta última secuencia. Descarto ahora, como es lógico, los efectos humorísticos que pudieran buscarse, así como los posibles logros estéticos que un buen poeta pudiera obtener si es capaz de alterar la relación semántica objetiva entre esas palabras. La anomalía que el asterisco atestigua es estrictamente lingüística: depende del significado de los adjetivos *posible* y *probable*. La relación escalar que se da entre ellos es parte de nuestro conocimiento del léxico, reflejado en alguna medida en los diccionarios. No importa qué se vaya a devaluar, ni tampoco cuál sea nuestra actitud particular hacia la eventualidad de que ese proceso tenga o no lugar. El asterisco muestra un conflicto argumentativo de base léxica que desemboca en un choque sintáctico. Su objetividad se deduce del simple hecho de que no corresponde a cada hispanohablante establecer particularmente la relación escalar que se da entre los adjetivos *posible* y *probable*, de modo que podemos mantener el asterisco ante cualquier valor de *X* en la pauta **X es probable; es incluso posible*.

Supongamos ahora que la oración de la que partimos es *Juan está dispuesto a trabajar los viernes, incluso los sábados*. Si realizamos una permutación paralela a la anterior, obtendremos *Juan está dispuesto a trabajar los sábados, incluso los viernes*. La secuencia obtenida podría parecer extraña, pero, como es lógico, el asterisco resultaría improcedente. La nueva oración no nos obliga a redefinir el significado de los sustantivos *viernes* y *sábado*, sino a encontrar una situación en la que “trabajar en viernes” sea menos favorable para alguien que “trabajar en sábado” (técnicamente, “esté orientado en un punto inferior de una escala argumentativa relativa a los días en que resulta más favorable trabajar”). El hablante logrará su propósito en función de la composición de lugar que sea capaz de idear. Será muy fácil dar con ella si pensamos, por ejemplo, en las diferencias entre las festividades musulmanas y las judías, pero existen otras alternativas que podrían dar sentido a ese enunciado sin alterar nuestro universo cultural.

El punto que deseo destacar es el hecho de que, en este segundo caso, la gramática fuerza una relación argumentativa de naturaleza escalar y deja enteramente al

arbitrio del hablante –más exactamente, de su racionalidad– la tarea de comprobar si el mundo al que tiene acceso es o no compatible con dicha relación. Puede suceder que no lo sea, y que el oyente o el lector fracasen en sus esfuerzos por darle sentido. Sería posible incluso que un autor literario –Ionesco, sin ir más lejos– tratara de sacar partido estético de ese fracaso, y el resultado de su intento sería evaluado por los lectores o los espectadores como el de cualquier otro efecto artístico.

En el caso de *posible y probable*, el adverbio *incluso* establecía una relación entre dos significados que el léxico proporciona y que el hablante no puede cambiar. La situación que se obtiene es considerablemente distinta en el segundo ejemplo, relativo al trabajo en viernes o en sábado. La gramática nos dice: “Yo llego hasta aquí, puesto que ni la sintaxis ni el léxico aportan más información. Podrás dar sentido a la relación escalar que acabo de establecer si el mundo en que vives es compatible con ella; tú verás”.

He dicho “la gramática”, no “la pragmática”. No ha sido un lapsus. Este breve prólogo no es el lugar apropiado para introducir una discusión de fondo sobre el lugar que corresponde a la pragmática entre las disciplinas lingüísticas, por lo que me limitaré a recordar que la mayor parte de los marcadores discursivos son adverbios, preposiciones, conjunciones o interjecciones, o bien locuciones correspondientes a esas clases de palabras. Resultaría absurdo sostener que la gramática no va más allá de categorizar esas unidades léxicas, y que todo lo demás queda fuera de sus fronteras. Muy al contrario, las relaciones semánticas que los marcadores establecen se integran plenamente en la gramática, como se integraban tradicionalmente los significados que expresan las partículas elementales: causa, consecuencia, condición, concesión, contrariedad, etc. Algunas de esas nociones (especialmente concesión y adversación) han sido descompuestas en otras más elementales a partir de inferencias relativas a lo que es o no esperable en determinadas circunstancias. Pero el hecho de que podamos descomponerlas no las cambia de lugar: las relaciones semánticas que establecen son, indudablemente, parte de la gramática.

No se me escapa que se ha argumentado en sentido contrario, aduciendo, por ejemplo, que los marcadores discursivos pueden sustentarse en estereotipos de naturaleza enteramente cultural. Puede servir de ilustración el lugar común que daría sentido al uso de *pero* en la oración *Es alemán, pero tiene un excelente sentido del humor*. Los marcadores discursivos no pueden encapsular léxicamente, como es lógico, informaciones estereotipadas de naturaleza cultural, pero nótese que para vincular relaciones argumentativas plenamente integradas en la gramática no es preciso suponer que lo hacen. La gramática nos fuerza a interpretar como contrapuestos (en el sentido de “orientados argumentativamente de forma contraria”) los predicados *ser alemán* y *tener un excelente sentido del humor*. Como antes, la racionalidad del hablante deberá determinar si el mundo que conoce es compatible o no con tal contraposición. Lo que no podrá hacer es alterar la contraposición misma, o sustituirla por otra de su gusto, si desea dar sentido a esas palabras.